

UN VALOR PARA LA HISTORIA POLÍTICA ESPAÑOLA



Por Miguel Martínez Cuadrado

Catedrático de Derecho Constitucional y diputado del CDS por Madrid en la III Legislatura del Congreso de los Diputados.

En Filosofía Política existe una escala que relaciona estrechamente Valores, Principios y Normas cuando se analiza un sistema político, un movimiento social o un liderazgo personalizado. En el extenso diccionario de políticos españoles sólo algunos han conseguido situarse en lo más alto de la estima de sus compatriotas. Precisamente por haber respetado unos valores superiores: la libertad, la tolerancia hacia los adversarios, el respeto a los derechos humanos, la buena conducta cívica en la administración del interés general. Y por adecuar a esos valores superiores los principios de su acción pública y las normas finales dictadas en beneficio de los ciudadanos a quienes han representado.

La historia política española posee una nómina compleja de personalidades que han prestado grandes servicios al país. Cada escuela historiográfica se inclina por sus propias preferencias. Sin embargo algunos analistas nos hemos aventurado por mostrar a aquellos líderes que han ofrecido en los últimos siglos de la historia política una salida a los períodos más dramáticos. Es decir, la salida de las dictaduras y de los regímenes personales impuestos tras guerras civiles.

Adolfo Suárez pudo imponerse, a través de compañeros coincidentes y discrepantes, en sintonía con su generación de 1975 a 1990, a los intentos de supervivencia de un régimen autoritario. Manteniéndose fiel a los valores y a los principios de la democracia liberal y desarrollando normativamente una modernización del Estado a la altura de su tiempo.

Otros ejemplos históricos sirvieron de modelo. El del presidente Cánovas sustituyendo a

la dictadura del general Serrano a partir de 1874. O el de Martínez de la Rosa abriendo desde el Gobierno la vuelta al poder de los revolucionarios liberales en 1834. Las Constituciones de 1978, 1876 y 1837 fueron pactos y transacciones políticas que permitieron recuperar la vida política plural y la representación política a través de partidos políticos elegidos por los ciudadanos en elecciones regulares y alternancias políticas. En los tres casos el método aplicado tenía igual significación normativa: una Ley Electoral, unos comicios de apertura parlamentaria, una transacción constitucional entre fuerzas políticas altamente diferenciadas. Frente a adversarios internos como los focos carlistas en los períodos decimonónicos o las resistencias al cambio democrático en el XX. Y contra poderosos enemigos externos que siguieron actuando como *poderes fácticos* contrarios a los verdaderos intereses nacionales.

Adolfo Suárez no resultó elegido presidente del Gobierno en junio de 1976 por mero azar entre otros candidatos aparentemente situados en mejor posición. La definición de un líder, desde la antigüedad, se asentaba en la divisa "azar, destino, carácter". Suárez eligió en su carrera política el ejemplo latino del *cursum honorum*, desde la modesta vida local en su provincia y en las secretarías del Gobierno Civil de Ávila al salto al Gobierno Civil de Segovia y a la vida nacional como director general. Desde el gobierno de la televisión pública o de la gran empresa telefónica. Posteriormente subsecretario y ministro del partido único y con asiento en las Cortes orgánicas y en el Consejo del partido. Y, finalmente, por la acción concertada del Rey y el presidente de las últimas Cortes, Torcuato Fernández Miranda, presidente del Gobierno.

Con determinación y audacia, ante la sorpresa de los partidos de oposición y de la opinión pública, acometerá entre 1976 y 1979, una inmensa obra política. Los jalones de la



"Adolfo Suárez pudo imponerse a los intentos de supervivencia de un

devolución del poder a la sociedad española tenían un referente inequívoco, el de las democracias europeas de la posguerra, especialmente de Alemania, Francia, Italia y las monarquías nórdicas. Las piezas sucesivas parten de la Ley de Asociaciones como ministro. Y como presidente, la arquitectura de un edificio de larga duración. La hoja de ruta del verano la conforma el proyecto pactado de Ley para la Reforma Política, aprobado por las Cortes orgánicas en el otoño de 1976 y en referéndum popular el 15 de diciembre, que supone la liquidación de las Cortes orgánicas y del Consejo del partido único para abrirse a la Ley Electoral pactada con la oposición, la amnistía y la recuperación de las libertades públicas.

Las empresas más delicadas, la formación y liderazgo de un partido de afines, la Unión de Centro Democrático; el pacto con Carrillo y la aceptación por el Partido Comunista de la bandera, la forma del Estado, la práctica de los valores y principios de la democracia pluralista; la renuncia de Don Juan de Borbón a sus derechos históricos a la Corona en beneficio de su hijo, el rey Juan Carlos, y la otra renuncia, la del presidente de las Cortes, Fernández Miranda, a continuar en la presidencia de las nuevas Cortes.

A continuación se produce la convocatoria de elecciones generales el 15 de junio de 1977



F. MORENO

régimen autoritario manteniéndose fiel a los valores y a los principios de la democracia liberal”.

y, como resultado, Cortes finalmente constituyentes de ruptura y reanudación de la senda constitucional. Llegan entonces los acuerdos económico-sociales, Pactos de La Moncloa, entrada en el Consejo de Europa con el número 27 entre las democracias europeas, apertura de negociaciones para la admisión en la Comunidad Europea, prevista para 1980, pero vetada por el presidente francés Giscard d'Estaing, y la aprobación por las Cortes y por referéndum popular de la Constitución de 1978, con la convocatoria de nuevas Cortes Generales y primeras Corporaciones Locales a comienzos del año 1979.

Durante el trienio 1976-1979, Adolfo Suárez sale airoso de los grandes desafíos que se ha visto obligado a asumir y en los que intervienen decenas de ministros, diputados y cargos públicos. El norte de la restauración de la democracia tenía al menos dos objetivos no menores: la descentralización del poder en la vida local y constituir las Comunidades Autónomas en la forma de Comunidades diferenciadas por el nivel de competencias transferibles desde el poder central. El segundo período presidencial, 1979-1980, será una corona de espinas en forma de moción de censura, desintegración del propio partido ganador y pérdida de confianza de una parte de la opinión, amenazas que le

conducen a la voluntaria renuncia al poder y al sorpresivo intento del 23-F, en 1981, de sustituir el régimen democrático por un poder autoritario. La imagen de Adolfo Suárez en solitario al frente del banco azul de ministros ocupa la retina histórica con sello indeleble y, desde luego, marcaría la propia vida del presidente para su futuro.

Durante el período 1981-1991 Suárez no renunció a seguir en la vida política, como harían los posteriores presidentes. Fundador del CDS, en las elecciones de 1982 obtuvo dos escaños para su partido, en Madrid y en Avila. Y trató de reconstruir un partido de oposición y posible alternancia política contra el victorioso Partido Socialista de las elecciones de 1982. Entre 1984 y 1985 prepara una campaña en toda España para resucitar un centro político cuando se percibían los primeros signos de debilitamiento del PSOE y el estancamiento del voto del segundo partido parlamentario.

En las elecciones de 1986 al tercer Parlamento, Adolfo Suárez consigue alzarse como tercera fuerza y recuperar de nuevo el centro político del firmamento del Congreso de los Diputados. La pugna por el *espacio del reloj* y situarse entre socialistas y la coalición conservadora, tuvo posibilidades de convertirse en realidad entre 1986 y 1988. Suárez apunta a ser alternativa de gobierno

y pasar de tercera a segunda fuerza parlamentaria, y, por ello, aventurarse a la lucha por reconquistar el centro del espacio político y no por su derecha. La división de su propio partido entre “alternancia” y “bisagra” de un primer partido con mayoría insuficiente, llevaron a Suárez del optimismo de su discurso de 1988 a una crisis en 1989. La ambivalencia de los pactos bisagra y las negociaciones con Felipe González originan una pérdida de voto popular. González adelanta elecciones en 1989 y, con 175 escaños, forma una mayoría absoluta que no necesita bisagra para seguir gobernando. Cuatro años más tarde, en 1993, los nacionalistas catalanes le imponen una severa alianza que terminaría desnaturalizando el sistema de partidos configurado en 1977. Desde 1989 a 1991 los intentos por reconfigurar un CDS con un nuevo presidente y un secretario general de concordia fracasaron y Adolfo Suárez optó por retirarse de la vida política para recuperar la familiar.

El ejemplo de la Transición y la reconstrucción de la democracia española ha gozado de gran prestigio en Europa y en las Américas. Especialmente desde el período constituyente. A Adolfo Suárez no dejaría de sorprenderle que un líder de las novísimas generaciones europeas como Matteo Renzi, en la Italia de 2014, haya seguido el modelo de reconfigurar la democracia nacional mediante una Ley Electoral que toma como referencia la española de 1977 y el proceso de restar poder al Senado, como Suárez hizo con la liquidación de las Cortes orgánicas, así como la llamada al consenso constitucional con el equivalente de los Pactos de la Moncloa, y hacerse oír en la Europa de su tiempo sin renunciar a la propia identidad de país.

En los años noventa hasta su postrera enfermedad en 2003, su prestigio popular se acrecienta y es considerado como el más importante de los presidentes de la restaurada democracia española de 1977. La vitalidad de su carácter y la intuición de estar siempre en vanguardia de los intereses generales del país lo han elevado a ocupar un puesto privilegiado en el panteón de hombres ilustres y al gran destino con el que soñó en su juventud. El estudio de su obra pública lo acompañará sin duda por parte de las nuevas generaciones. Su impacto en la historia política española es una realidad inesquivable. ●